

La ciencia del amor divino en Teresa del Niño Jesús

Rafael Jácome

Director del Centro Sacerdotal Logos

Introducción

HACE 10 AÑOS EL SIERVO DE DIOS JUAN PABLO II proclamaba solemnemente a santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz: “*Doctora de la Iglesia universal*”. Indudablemente que la joven carmelita para quien toda su vida fue vivir escondida en las paredes del convento y que vivió profundamente el sentido creatural, manifestado en su profunda humildad y sencillez de vida, jamás pensó ni buscó semejante título. Una vez más se confirma el evangelio cuando dice que Dios se revela a los pequeños y a los humildes para que conozcan y proclamen los secretos del Reino (Lc10, 21-22; Mt 11, 25-26).

Teresa del Niño Jesús, en frase de San Pio X “*la santa más grande de los tiempos modernos*”, es considerada en todo el mundo católico una de las grandes maestras de vida espiritual, juntamente con santa Teresa de Jesús y santa Catalina de Siena. Los santos son auténticos libros abiertos que nos enseñan con su palabra, sus escritos y, sobre todo, con su vida los misterios de Dios. Esta “*teología vivida*” de los santos¹ es un gran tesoro de la Iglesia en donde los fieles cristianos pueden aprender a vivir la fe de una forma renovada y más profunda, sobre todo hoy en día que se cree más al testimonio que a las palabras.

En la actualidad, desafortunadamente, se ha perdido el sentido del amor auténtico, la misma palabra ha quedado vacía de contenido, sobre todo por la manipulación de los medios de comunicación social. Recordemos lo que Juan Pablo II nos decía sobre la necesidad de vivir y experimentar el amor: “El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente²”. Sin duda Teresa puede ayudarnos a recuperar y redescubrir el auténtico sentido del amor.

Este breve trabajo quiere apenas esbozar las líneas generales de la espiritualidad teresiana en su núcleo fundamental, es decir, en la “*scientia*

¹ JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, 27.

² JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 10.

amoris”. Sin lugar a duda a Teresa se le podría denominar *doctora del amor*, porque supo conocer, vivir y transmitir el amor en todas sus dimensiones humanas y espirituales.

1. Particular carisma de sabiduría

Es interesante recordar que Teresa nunca pisó una universidad, ni estudió cursos sistemáticos de teología. La sabiduría³, como dice santo Tomás, implica rectitud de juicio según razones divinas. Ahora bien esta rectitud puede darse de dos maneras: la primera, por el uso perfecto de la razón, es decir, mediante el estudio; la segunda, por cierta connaturalidad con las cosas que hay que juzgar. Ella no sólo conoció los secretos del amor divino, también lo experimentó como un especial don del Espíritu Santo a su alma. Efectivamente Teresa aprendió la sabiduría evangélica directamente del divino Maestro en la oración: “Porque yo era débil y pequeña, se abajaba hasta mí y me instruía en secreto en las cosas de su amor. Si los sabios que se pasan la vida estudiando hubiesen venido a preguntarme, se hubieran quedado asombrados al ver a una niña de catorce años comprender los secretos de la perfección, unos secretos que toda su ciencia no puede descubrirles a ellos porque para poseerlos es necesario ser pobres de espíritu...” (Ms A 49r). En el manuscrito B lo dice con más claridad todavía: “Sin mostrarse, sin hacerme oír su voz, Jesús me instruye en secreto; no lo hace sirviéndose de libros, pues no entiendo lo que leo” (Ms B 1r).

Sus principales fuentes de espiritualidad son la Sagrada Escritura, la Imitación de Cristo, los escritos de Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, no obstante ella confiesa que lo que más le llenaba era el Evangelio. Gracias a sus lecturas y a un especial don del Espíritu Santo nos ofrece una síntesis madura de la espiritualidad cristiana en donde une la teología y la vida espiritual, expresada con vigor y gran capacidad de persuasión y de comunicación⁴.

A ella se le pueden atribuir las palabras que Pablo VI dijo sobre santa Catalina de Siena: “Lo que más impresiona en esta santa es la *sabiduría infusa*, es decir, la lúcida, profunda y arrebatadora asimilación de las verdades divinas y de los misterios de la fe [...]: una asimilación favorecida, ciertamente, por dotes naturales singularísimas, pero evidentemente prodi-

³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, II-II, q. 45, BAC, Madrid 1998.

⁴ JUAN PABLO II, *Divini amoris scientia*, 7.

giosa, debida a un carisma de sabiduría del Espíritu Santo” (AAS 62 [1970] p. 675).

2. El misterio del Dios Amor rico en misericordia

Uno de los grandes méritos de la doctrina de Teresa es haber ayudado a curar, a las almas de los cristianos de aquellos tiempos, de los rigores y de los temores de la doctrina jansenista, más propensa a subrayar la justicia de Dios que su divina misericordia⁵. Teresa experimentó una especial revelación divina por la cual penetró en el corazón mismo de Dios para llegar a descubrirlo como todo amor y lleno de misericordia. Esta es sin duda la aportación más grande de la espiritualidad teresiana. Incluso la misma justicia divina la contempla bajo el prisma de la misericordia, por la cual Dios se compadece de la miseria de su criatura: “A mí me ha dado su misericordia infinita, iy a través de ella contemplo y adoro las demás perfecciones divinas...! Entonces todas se me presentan radiantes de amor; incluso la justicia (y quizás más aún que todas las demás) me parece revestida de amor...” (Ms A 83v).

Experimenta de una forma singular la presencia invadente del amor de Dios a su alma, por eso dice: “tú conoces los ríos, o, mejor los océanos de gracias que han venido a inundar mi alma... Desde aquel día feliz, me parece que el amor me penetra y me cerca, me parece que ese amor misericordioso me renueva a cada instante ...” (Ms A 84r). Ante esta gracia especial del amor de Dios Teresa se ofrece como víctima de holocausto, hoy diríamos se consagra, se dona, se entrega plenamente al amor de Dios. Ciertamente es significativa la expresión teresiana de “*víctima de holocausto*” porque significa dejarse quemar por el fuego del amor de Dios. Le escribe así al padre Roulland “Le ruego, Reverendo Padre, que pida para mí a Jesús, el día en que se digne bajar del cielo por vez primera al conjuro de su voz, que le pida que me *abrasc con el fuego de su amor* para que luego pueda yo ayudarle a usted a encenderlo en los corazones (Cta 189).

La vida de Teresa se podría resumir en dos frases tomadas de su poesía # 17: “*vivir de amor*” y “*morir de amor*”. Leyendo a San Pablo ella misma concluirá su larga búsqueda de su verdadero lugar en la Iglesia, *exclamando* “*mi vocación es el amor*” (Ms B 3v^o). De hecho sus últimas palabras antes de morir fueron: “*Dios mío, te amo*”. En una carta escrita al

⁵ IBIDEM, 8.

abate Bellière le dice: “. . . en el cielo desearé lo mismo que deseo ahora en la tierra: amar a Jesús y hacerle amar” (Cta 22).

3. Amar con todo el corazón

Algunas personas que desconocen el pensamiento y doctrina de Teresa tienen el prejuicio de considerar esta espiritualidad un tanto sentimental y demasiado “*acaramelada*” e infantil. Una primera lectura superficial de los escritos de Teresa puede dar esa impresión, pero quien hace una lectura seria y detallada puede descubrir una grandísima riqueza espiritual, propia de una alma madura que busca el más alto grado de santidad “*escalando la montaña del amor*”.

Como toda mujer descubrió en el amor su única y verdadera vocación en la vida. Ella amó con un corazón de mujer madura en las cuatro dimensiones fundamentales: *hija, esposa, madre y hermana*⁶.

a. Amor de hija

Teresa amó entrañablemente a sus padres, tanto es así que cuando ella tenía cuatro años, muere su madre y cae en una crisis que hoy podríamos llamar afectiva. Hacia su padre, el señor Luis Martín, tenía un amor entrañable de hija. Hay que tomar en consideración que Teresa fue la más pequeña de todas sus hermanas y por lo mismo era la consentida de toda la familia. Fue a la edad de catorce años, en la navidad de 1887, cuando sucede lo que ella llama “*su conversión*”, es decir, da un paso decidido hacia la madurez como mujer, dejando atrás los infantilismos y las lágrimas continuas.

La experiencia del amor de hija con sus padres le llevará a descubrir a Dios como verdadero Padre, lleno de misericordia y de ternura. Es entonces cuando descubre el *camino para llegar al amor*, en el *abandono y total confianza en Dios Padre*. “Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Este camino es el abandono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre... (Ms B 1r). ¿Qué significa este abandono teresiano? Por este acto “el alma aspira a dormirse en los brazos de Dios como un niño pequeño en el regazo de su madre. Y ello no por un egoísmo indolente y perezoso, sino por estar firmemente

⁶ LÉTHEL FRANÇOIS-MARIE, OCD., *Teresa di Lisieux: una donna che ama con tutto il cuore, come sposa e madre, figlia e sorella*, Roma 2006.

persuadida de que esta actitud llena de gozo y complacencia el corazón de Dios”⁷.

Esta relación filial de absoluta confianza y abandono en los brazos de Dios es la coronación final de su *doctrina de la infancia espiritual*. Teresa permanecerá siempre ante la presencia de Dios con las mismas actitudes de un niño pequeño ante su padre. Esta misma actitud filial la expresará también hacia la Virgen María: “Tú, en otro tiempo, en tu humildad, deseabas ser un día la humilde esclava de la Virgen feliz que tuviera el honor de ser Madre de Dios; y ahora yo, pobre criaturita, soy no ya tu esclava sino tu hija. Tú eres la Madre de Jesús y eres mi Madre” (Cta 137).

b. Amor de hermana

En el último año de su vida Dios le regala una gracia especial a Teresa para comprender la verdadera caridad fraterna: “Este año, Madre querida, Dios me ha concedido la gracia de comprender lo que es la caridad. Es cierto que también antes la comprendía, pero de manera imperfecta. No había profundizado en estas palabras de Jesús: El segundo mandamiento es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Ms C 11v). Meditando el evangelio se da cuenta de lo imperfecto que era el amor que tenía a sus hermanas, percibe que no las ama con el mismo amor con que Dios las ama. Comprende que la verdadera caridad significa aceptar a la hermana como es, con sus defectos y debilidades.

Descubre que el secreto para vivir la auténtica caridad se encuentra en vivir unida a Jesús para dejar que Él sea quien ame a los demás en ella: “Sí, lo sé: cuando soy caritativa, es únicamente Jesús quien actúa en mí. Cuanto más unida estoy a él, más amo a todas mis hermanas (Ms C 12v). Con grande realismo sabe y experimenta que los sentimientos de la naturaleza humana se oponen a las enseñanzas de Jesús, y trata de sobreponerse con grande heroísmo hasta en los más mínimos detalles de la vida comunitaria. Al grado que una de las hermanas que más le costaba tratar le preguntó un día: “¿Querría decirme, hermana Teresa del Niño Jesús, qué es lo que la atrae tanto de mí? Siempre que me mira, la veo sonreír. ¡Ay!, lo que me atraía era Jesús, escondido en el fondo de su alma... Jesús, que hace dulce hasta lo más amargo... Le respondí que sonreía porque me alegraba verla (por supuesto que no añadí que era bajo un punto de vista espiritual)” (Ms C 14r).

⁷ ROYO MARÍN, A., *Doctoras de la Iglesia*, p. 176, BAC, Madrid 2002.

La vivencia de la caridad fraterna le llevó a establecer una relación muy estrecha con dos sacerdotes, verdaderos hermanos espirituales, el abate Maurice Bellière y el P. Roulland. Por último en los momentos más oscuros de la prueba de la fe, Teresa ora y pide perdón por los incrédulos a quienes llama hermanos.

c. Amor de madre

Después de su conversión en la navidad de 1886, en donde deja de ser una niña llena de infantilismo para iniciar lo que ella misma denominó una “*carrera de gigante*” (Ms A 44v-45r), Teresa siente unos deseos ardientes de querer amar a Jesús con pasión (Ms A 47v) y de hacerlo amar por los demás. Así nace en ella el amor materno por las almas. Su “*primer hijo*” espiritual fue un asesino condenado a muerte llamado Pranzini. Reza ardientemente por él para que antes de su ejecución se reconcilie con Dios y salve su alma: “Oí hablar de un gran criminal que acababa de ser condenado a muerte por unos crímenes horribles. Todo hacía pensar que moriría impenitente. Yo quise evitar a toda costa que cayese en el infierno, y para conseguirlo empleé todos los medios imaginables” (Ms A 45v-46r). Es aquí donde inicia su confesión en la total confianza en la misericordia infinita de Jesús.

Es en la escuela de María en donde ella descubre la misteriosa belleza de un corazón materno. Lo expresa de una forma sublime en su composición teatral sobre la “*Fuga de Egipto*”. Mediante un diálogo ingenioso y atrevido entre María, la madre de Jesús, y Susana, la madre de Dimas, el futuro “*buen ladrón*”, Teresa pone en labios de María palabras de total confianza en la misericordia infinita del Buen Dios que perdona los crímenes más grandes, cuando encuentra un corazón de madre que intercede por su hijo.

d. Amor de esposa

Teresa vive un amor plenamente esponsal en su relación con Jesús, el esposo divino. Sabe muy bien que la consagración en la vida religiosa es un auténtico matrimonio espiritual con el Amor. Es plenamente consciente que ser esposa de Jesús es la esencia de su vocación: “Ciertamente, estos tres privilegios son la esencia de mi vocación: carmelita, esposa y madre” (Ms B 2r).

Durante los ejercicios espirituales para su preparación a la profesión religiosa Teresa pasa por el túnel de la prueba y del abandono. Su descripción es verdaderamente maravillosa en la carta que escribe a sor Inés de Jesús. Teresa ha decidido emprender el camino hacia la montaña del amor, si-

guiendo las enseñanzas de su maestro San Juan de la Cruz. Ella renuncia a seguir un camino determinado para llegar hasta la cima del amor, más bien se pone en las manos de su guía divino para que la conduzca por donde Él desea, con tal de darle gusto y hacerle feliz.

“Entonces Jesús me tomó de la mano y me hizo entrar en un subterráneo donde no hace ni frío ni calor, donde no luce el sol y al que no visitan ni el viento ni la lluvia. Un subterráneo donde no veo nada más que una claridad semivelada, la claridad que difunden a su alrededor los ojos bajos de la Faz de mi Prometido...” (Cta 110).

Teresa aquí da una prueba contundente del *puro amor por Jesús*, ante este estado de sequedad y aridez antes de su profesión. Descubrimos una faceta importante de su alma, el amor vivido como donación plena al amado sin pedir nada a cambio. “Amar es darlo todo, darse incluso a sí mismo” (P 54/22). Pero dejemos que ella misma nos describa su experiencia interior: “Mi Prometido no me dice nada, ni yo le digo tampoco nada a él; tan sólo que le amo más que a mí misma. Y en el fondo de mi corazón siento que es verdad, ¡pues soy más de él [2r^o] que mía...!” (Cat 110).

La ceremonia de su profesión se lleva a cabo el 24 de septiembre de 1890. “Fue un día «velado por las lágrimas» a consecuencia de una decepción de última hora, «un dolor difícil de entender» (Cta 120): la ausencia del señor Martín, cuya bendición había esperado recibir con tanta ilusión su reinescencia. De ahora en adelante, ya no habrá para ella más rey que «el Rey del Cielo» (CG p. 587). Sí, «que tú, Jesús, lo seas todo...!»⁸. Cristo la quería plenamente suya y la desprendió del singular amor hacia su padre.

El amor totalizante y radical hacia Cristo quedará grabado en la puerta de su celda: “Jesús es mi único amor”. Lo escribe cuando su alma pasa por la dura prueba de la fe y ella desea dejar claro lo único que da sentido a su vida, aun en los momentos de prueba y oscuridad.

Conclusión

Juan Pablo II en la jornada mundial por las misiones, otorgó el título de doctora de la Iglesia a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. Es conocido por todos que ella deseaba ardientemente ser misionera, movida por el gran amor a Cristo y a la salvación de las almas. No pudiendo realizar este deseo, Dios le concedió la gracia de comprender que el amor es el cen-

⁸ ORDÓÑEZ VILLARROEL MANUEL, OCD., *Hitos importantes en la historia de Teresa*, en Teresa de Liesux, obras completas, p.43, editorial Monte Carmelo, Burgos 1998.

tro y el motor de todos los misioneros y ministros de la Iglesia. Así ella se coloca en el corazón de la Iglesia “sosteniendo con la fuerza misteriosa de la oración y de la comunión a los heraldos del Evangelio”⁹.

Antes de entregar su alma a Dios ella exclamó: “Y no me arrepiento de haberme entregado al Amor”. Sellaba así toda una breve, pero densa, vida entregada al Amor en el tiempo y en la eternidad.

BIBLIOGRAFÍA

S. T. DE AQUINO, *II-II, q. 45, a. 1.*

F. M. LÉTHEL, OCD., *L'amore di Gesù. La cristologia di santa Teresa di Gesù Bambino*, Ed. Vaticana, Roma 1999.

A. ROYO MARÍN, *Doctoras de la Iglesia*, BAC, Madrid 2002.

M. ORDOÑEZ VILLARROEL, OCD., *Teresa de Lisieux, obras completas*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 1998.

M.M. PHILIPON, OP., *Santa Teresa di Lisieux: “una via tutta nuova”*, Morcelliana, Brescia 1954.

⁹ JUAN PABLO II, homilía 19 de octubre de 1997.